

Chiapas: el tiempo detenido

Sofía Fuertes y Carmen Campo

Antropólogas.

Ambas han trabajado en Chiapas.

Los primeros días de 1994, la prensa internacional se conmovía con la noticia de que un movimiento guerrillero, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, había tomado por las armas la ciudad de San Cristóbal de las Casas y otros municipios cercanos de los altos de Chiapas, un Estado del sureste de México fronterizo con Guatemala.

Con las reivindicaciones que hiciera Emiliano Zapata en la Revolución de 1910 —tierra, libertad, educación, trabajo, salud...—, un grupo de insurgentes que los medios han calificado ambiguamente como indígenas «o» campesinos (sin un criterio claro a la hora de utilizar uno u otro término) dio un toque de atención a la opinión pública mundial, poniendo en entredicho la imagen de modernidad y democracia que México, fundamentalmente en la figura de su Presidente, se ha esforzado por vender al mundo.

Crónicas y antecedentes de los hechos, y opiniones de intelectuales, han colocado en primer plano tanto a los protagonistas principales de este levantamiento como a muchos de los habitantes de esa zona mexicana, protagonistas siempre secundarios, no sólo de estos sucesos recientes, sino de la mayor parte de la historia de México. Aunque acaso el conflicto de los últimos días sólo tiene una trascendencia local, denuncia una situación que tras-

pasa los límites espaciales y temporales en los que se inscriben los acontecimientos.

México es un país con una gran diversidad de culturas que no forman una secuencia continua. Con la llegada de los españoles, las diferentes culturas existentes en el territorio se uniformizan, y se establece una división espontánea entre indios o colonizados, de un lado, y colonos, del otro. Surgen entonces dos civilizaciones diferentes que nunca se han fusionado, aunque sí han sido interpenetradas.

En este artículo se utilizará el término «indio» en lugar del de «indígena» para referirnos a una población mexicana que en su mayoría habita en pequeños poblados carentes de los servicios más elementales (infraestructura sanitaria, agua potable, centros de salud y educación..) y que mantiene lenguas y culturas diferentes de las oficiales. Consideramos que, aunque ambos términos han sido ajenos a las culturas a las que pretenden homogeneizar, la palabra «indio» es menos paternalista y es la que estos pueblos están tratando de dignificar, apropiándose para llevar a cabo sus reivindicaciones y luchar por sus derechos.

Revisando la historia de México, se constata que durante los distintos períodos históricos, los indios han sido considerados siempre un obstáculo en el desa-

rollo del país. A pesar de que se ha utilizado el pasado indio para reclamar unas raíces culturales diferentes a las de la cultura opresora española, el indio vivo siempre ha supuesto un pesado lastre que México tiene que arrastrar en su andadura hacia esa modernidad concebida escalonadamente.

En el siglo XIX, con el surgimiento y la consolidación de México como Estado independiente, se establece la igualdad formal de todos los habitantes de la República. Pero esta figura jurídica nunca se correspondió con la realidad: la nueva nación mexicana se concibe culturalmente homogénea con una sola cultura y una sola lengua, ignorando la realidad de una mayoría de la población, para favorecer la transformación de la sociedad mexicana en una sociedad «moderna» según los moldes occidentales. Además, con la aplicación de las políticas liberales, los indios se vieron sometidos a un proceso de expropiación de sus tierras y de desintegración de sus comunidades. Lo que no logró la corona de España en tres largos siglos, lo consiguieron los liberales en unos cuantos años.

Bajo el amparo de las Leyes de la Reforma se forjaron los grandes latifundios del país, arrebatándoles a los indios sus tierras comunales. Una de las zonas en las que esto resulta más sangran-

te es el sureste del país. Las culturas indias viven estrechamente vinculadas a la tierra, existe una relación global con ésta que va más allá de la mera subsistencia.

Con la Revolución de 1910 los indios se lanzaron nuevamente a la reconquista de sus tierras; su participación en el conflicto armado impuso algunas de sus demandas en el nuevo orden, pero en la práctica éstas se vieron frustradas. El único proyecto que en algún momento tuvo la posibilidad de convertirse en alternativa a un proyecto nacional, en el cual las reivindicaciones de los pueblos indios no tenían mucha cabida, fue el que postuló el movimiento encabezado por Emiliano Zapata. La defensa de los pueblos, su orientación agraria, su no renuncia a las formas reales de la vida forjadas a través de los siglos, otorgan al movimiento zapatista un lugar especial, singular dentro de las corrientes que conformaron la Revolución mexicana. Para algunos autores, más que a Porfirio Díaz, la Revolución derrotó a Emiliano Zapata.

La Constitución mexicana de 1917 no reconocía la existencia de los pueblos indios. En la primera época, después del triunfo de la Revolución, se prohibió incluso la existencia de partidos en favor de una religión o raza determinadas, por lo que muchos grupos indios expresaron sus demandas a través de organizaciones campesinas (de ahí esa confusión entre movimientos indígenas y movimientos campesinos, que se acentúa por el hecho de que la mayor parte de los que trabajan la tierra en México son indios). Los gobiernos posteriores a la revolución pusieron más énfasis en la educación del indio para integrarlo en esa civilización nacional única que se propone eliminar la diversidad cultu-

ral; apenas se ocuparon de solucionar los problemas de tierras y subsistencia con los que se enfrentaban estos pueblos desde mucho tiempo atrás.

En Chiapas, uno de los estados de la República con una población mayoritariamente indígena —choles, tzotziles, tzeltales, tojolabales, lacandones...—, las diferentes etnias de la región se han caracterizado siempre por haber sido muy activas en la defensa de sus intereses.

Los caciques que lucharon en contra de la Revolución fueron los encargados de aplicar las «reformas» que nacieron de ella. La reforma agraria posterior a la Revolución no afectó para nada a los latifundios chiapanecos, en manos de caciques locales y extranjeros, en su mayoría alemanes. La agricultura de la región se basa en el monocultivo, fundamentalmente de café destinado a la exportación. Unas pocas familias, que no llegan al 5% de la población, concentran más del 80% de las tierras. Los indios, en cambio, apenas tienen tierras; muchos campesinos se han transformado en jornaleros agrícolas de estas explotaciones para compensar su frágil economía de subsistencia, agravada por numerosos problemas relacionados con la tenencia de la tierra. En este Estado, el poder lo detenta una tradicional «burguesía» agrícola compuesta por terratenientes y latifundistas, dedicados a la explotación agrícola y ganadera, selvícola e industrial (explotación maderera), constituidos en caciques locales con ejército propio (guardia blanca). Los principales agentes del despojo y la represión sobre los indios serán el Estado —a través de instituciones como PEMEX, la Compañía Federal de Electricidad, la Secretaría de la Reforma Agraria— y el capi-

tal privado, nacional y extranjero.

En la historia reciente de Chiapas se han sucedido acciones espontáneas de las etnias en contra de las agresiones de los caciques y las fuerzas militares. Las invasiones de tierras, para recuperar las tierras comunales, las ocupaciones de oficinas estatales y privadas para luchar por mejores precios de garantía del café, son frecuentes a poco que se indague en la historia de los movimientos indios de Chiapas.

A mediados de 1982 surgió la Organización Campesina Emiliano Zapata, formada fundamentalmente por tzotziles, que han protagonizado uno de los movimientos indios más combativos del país desde sus orígenes. Incluso antes de la creación de este movimiento unificado, habían llevado a cabo acciones legales y pacíficas, y acciones de fuerza para lograr su objetivo de asegurar la propiedad legal y la protección de la tierra.

Es posible que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y la Organización Campesina Emiliano Zapata tengan en común algo más que el nombre. Es posible que el EZLN tenga apoyo de grupos políticos y guerrilleros extranjeros, pero, parafraseando a Adolfo Fernández Marugán, «no hay manera, por más que se equivoquen, de que no tenga razón». Lo más importante de los últimos acontecimientos de Chiapas es que han hecho reflexionar a México y al mundo sobre las condiciones de vida de lo que el antropólogo mexicano Guillermo Bonfill Batalla denominó «el México profundo».

Viajar por Chiapas es viajar ajenos al tiempo. Para los indios que pueblan su geografía el tiempo se ha detenido en sus lenguas, costumbres, miradas, ropas e injusticias ancestrales. **A**